



RASCAYÚ

Raúl Herrero

III

La muerte y el candor

En torno a Porrocho los chiquillos canturreaban y brincaban como si el trayecto celebrara la muerte. El uniforme perfectamente abotonado, tal como dictan las ordenanzas, atenazaba al sargento, al que le resultaba imposible avanzar sin colisionar con una o dos de las criaturas, tal era el remolino humano que tenía como epicentro a su persona; como satélites en torno al sol danzaban los niños estimulados por una fiebre inexpressable; agitaban los brazos; balbucían en lenguas desconocidas para sí mismos y el resto de la humanidad; entonaban cánticos que sonaban a misas fúnebres; más allá Cristina farfullaba un poema caucásico; mientras tanto, Cipriano daba zapatetas que lo elevaban varios metros en el aire; Melitón, asaeteado por un mal desconocido, lanzaba espumarajos por la boca; por su parte, Irene volvía sobre los pliegues de su falda como si se tratara de las cuentas de un rosario. Y el resto del grupo replicaba estos y similares comportamientos.

Ciertos vecinos, los más osados, al cruzarse con la escena pronunciaban comentarios como los subsiguientes: «¿Do va con este calor, sargento Porrocho?»; «¡Sea prudente no se le derrita la sesera!»; «¡No haga caso de la chiquillería que le volverá loco!»; «Desconfíe de esa muchachada que viste con la piel del diablo»; y otras chocarrerías, de idéntica jaez, que al guardia civil le molestaban más que otra cosa.

Una vez que alcanzó el lugar señalado, el sargento se encontró con un escenario desconcertante: un párvulo, en estatura y edad, con un palito en la mano derecha, en la orilla del río, de puntillas y aupado hacia delante, vareaba el cadáver. El rostro cetrino de la criatura le era desconocido. Cuando el solitario presintió al adulto vivo fijó sus ojos, oscuros y perdidos en el interior de una galaxia desconocida, en los

del fatigado Porrocho, al que la ausencia de sombra, durante el camino, le había sofocado hasta tal extremo que apenas le quedaban fuerzas para farfullar unas palabras con una lengua adhesiva. El uniforme se le pegaba al cuerpo de tal modo que le oprimía los pulmones. Tal era su agotamiento que ni siquiera pudo expresar una reprimenda sucinta al pequeño paliducho.

El sargento advirtió a los niños que danzaban a su alrededor: «Lavad vuestras manos, nunca se sabe lo que un muerto ha tocado, ni lo que ha tocado a un muerto»; a continuación, se internó entre los juncos para recuperar el cuerpo del lodazal de la ribera. El sudor se secó Porrocho de la frente con un pañuelo verde de seda, al bajar la vista, melancólico, lamentó la suciedad de sus botas, pero tuvo consuelo en lo impecable que mantenía el resto del uniforme. «Hace calor, eso es cierto, pero no renunciaré al tricornio». Tal como Porrocho concebía los elementos del mundo y sus mecanismos, el dejarse influir por las condiciones climáticas suponía una inexcusable debilidad, una trampa que alguien como él, principalmente centrado en los menesterosos, debía evitar a cualquier precio, incluso a costa de perder la vida como una garrapata desangrada si era necesario.

A lo lejos, en el camino, se aproximaba una carreta tirada por un asno que marchaba con torpeza e inseguridad; el tío Nemesio, que regresaba al pueblo tras vender unos marranos en el mercado de una villa colindante, con el rostro casi oculto por la boina, parecía ensimismado y rugiente; por su boca expulsó unas melenas de humo antes de arrojar a tierra su cigarro de tabaco picado y negro. A la altura del grupo frenó el carromato. El sargento se aupó a lo alto del vehículo y ordenó a su propietario que trasladara el cuerpo presente hasta el cuartel de la Guardia Civil. A Nemesio no le satisfizo demasiado la pretensión de mezclarse con ese cadáver; los niños, sin aguardar una respuesta, encaramaron el muerto a la carreta sin que Porrocho pudiera evitarlo. El rictus del finado se agravó, tal vez por el olor a porqueriza que despe-

dían tanto el armatoste como su guía. Nemesio se ofreció a trasladar también a los vivos, todos rechazaron la invitación de plano.

El artilugio se desplazó con lentitud y desgana. Los ejes de las ruedas se quejaban como almas grasientas. El asno, de edad proveceta y proterva, avanzaba con calma beatífica. Nemesio expelía por la boca extraordinarios sonos, que parecían ventosidades infrahumanas o la cacofonía de la descomposición intestinal de un elefante, al tiempo que empuñaba un látigo cual vara mecida por el viento del verano, con la pretensión de inspirar en el animal un ritmo más ágil; el jumento se mantenía ausente a las manifestaciones de apremio y conservaba la parsimonia. En un desnivel la carreta dio un brinco, a lo que el cadáver respondió embadurnándose con restos porcinos de sangre, excrementos y forraje quemado. Casi podría decirse que el cadáver exhaló su último quejido. El asno paró un momento, expelió un compendio de gases multicolores, siguió la ruta.

«Llegaré antes a pie al cuartel que acoplado en esa cochambre», pensó el sargento, y adelantó al vehículo a buen paso, acompañado por su inseparable bandada de niños.

Para solazarse durante la excursión los pequeños entonaron a pleno pulmón una canción: *Rascayú*. De nada valieron las advertencias del sargento, ni sus llamadas al orden por el respeto que merecía la posible estirpe del finado. Los niños respondían a cada imprecación de la autoridad coreando con mayor ímpetu la tonadilla.

Rascayú,

¿cuándo mueras qué harás tú?

Tú serás un cadáver nada más.

Óiganme la historia que contome un día,

el viejo enterrador de la comarca,

que era un viejo al que la suerte impía,

su dulce bien le arrebató la Parca.

La balada posee una hermosa melodía, acompañada por tan certera letra, que ni siquiera Porrocho fue capaz de resistirse a su hechizo; incluso alguien, que prefiere mantenerse en el anonimato, escuchó al sargento justificando la invocación de la tonada en esa y en cualquier otra circunstancia, ¡tanta era su pasión por la letanía!

Habían trascurrido dos meses desde que floreció el primer cadáver. Y ya acompañaban al tercero.

limbo ❄ errante

www.limboerrante.com



limbo